

ANTES DEL GOL

**La red que une el azar,
la ciencia y el juego**

Adrián Adrover



ÍNDICE

PRÓLOGO	13
INTRODUCCIÓN	15
EL DIEZ	15
LA VELOCIDAD Y EL ROMANTICISMO.....	23
CAPÍTULO I	
LA SELECCIÓN DE LA COMPLEJIDAD Y LA INCERTIDUMBRE	29
EL HORMIGUERO, LA LLUVIA, EL RESFRÍO MIENTRAS ESPERABA EL COLECTIVO Y EL CLÁSICO RIVER - BOCA	29
UN FRANCÉS QUE LA DEJA CHIQUITITA ASÍ (A LAS MATEMÁTICAS)	36
UN AMERICANO SE SUMA A LA SELECCIÓN DE POINCARÉ	37
ESTE RUSO ES EL DIEZ QUE LE FALTABA AL EQUIPO .	40
LOS BEATLES JUGABAN EN HAMBURGO.....	45
EL JUEGO ES TÁCTICO Y POR ENDE, GLOBAL	47
DALE TIEMPO, DALE TIEMPO.....	49
LOS SISTEMAS SON ECOLOGISTAS, NO GASTAN ENERGÍA DE MÁS	51

LAGARTIJA, ARDILLA Y MONO: BUEN EQUIPO 54

UN EQUIPO SE MODELA 57

CAPÍTULO II

LO QUE NATURA NO DA 61

LA FURIA, ¿QUÉ ERA ESO? 61

PRIMERO EL JUGADOR, DESPUÉS LA FUNCIÓN . . . 67

PELLEGRINI, EL CHEF 70

LA PREPARACIÓN FÍSICA NO EXISTE.
¿CÓMO DIJO, PACO? 75

LA HISTORIA DEPORTIVA DETERMINA EL
RENDIMIENTO 76

CAPÍTULO III

EL FÚTBOL NECESITA MEMORIA 79

EL OTOÑO DEL PATRIARCA 79

EL HÁBITO HACE AL MONJE 82

SABER HACER O SABER QUÉ HACER 92

JUGAR CON LA PLAY ES UN BUEN ENTRENAMIENTO 95

LOS MAESTROS: EL JUEGO, POR SÍ SOLO,
NO ENSEÑA 97

CAPÍTULO IV**EL BARCELONA DE GUARDIOLA, UN VERDADERO CISNE NEGRO 101**

RARA AVIS 101

LAS INFLUENCIAS HOLANDEASAS..... 104

EL JUEGO DE POSICIÓN Y LA NECESIDAD DE UNA GEOMETRÍA FRACTAL 106

¿TOCO Y VOY O TOCO Y ME QUEDO?
¿TRASLADO LA PELOTA O LA PASO RÁPIDO? 110TENER LA PELOTA, NO PERDERLA Y, SI ESO PASA,
PRESIONAR AL RIVAL 114EL TERCER HOMBRE, OTRO CONCEPTO MADE IN
BARCELONA 118

A CORRER COMO LOCOS..... 120

MIENTRAS ATACABAN, TAMBIÉN ESTABAN
DEFENDIENDO..... 126

CAPÍTULO V

EL MÉTODO DE ENTRENAMIENTO DE BIELSA 129

LA DIVISIÓN DE LA REALIDAD	129
DISTINGUIR PARA APRENDER	136
QUÉ ES LO QUE HAY QUE ENTRENAR	139
LA RUTINA DEFENSIVA	140
LOS VOLANTES DEFENSIVOS TIENEN QUE VOLVER .	142
SI ME ELIMINAN, REGRESO PARA AYUDAR A QUIEN ME AYUDÓ	143
APRENDER A SOPORTAR EL DOS CONTRA UNO . . .	144
ASOCIARSE A TRAVÉS DEL PASE	146
LA DEFINICIÓN	151
LA PRESIÓN	153
LA SALIDA	155
LA ORGANIZACIÓN DEFENSIVA	157
JUGAR POR LOS COSTADOS	161

CAPITULO VI**EL ORIGEN DEL TALENTO ARGENTINO 165**

LA “GRACIA” DE QUE MESSI, MARADONA Y
DI STÉFANO SEAN ARGENTINOS..... 165

EPÍLOGO..... 181**AGRADECIMIENTOS 189****BIBLIOGRAFÍA 193**



27
ALL ACCESS
PRESS
1 2 3
4 6
7 8

PRÓLOGO

A pesar de las distancias, de las diferencias culturales, de los idiomas y hasta del color de piel, una gran mayoría de los habitantes de nuestro planeta viven en una casa que nos alberga a todos: la casa del fútbol; y a través de televisores, computadoras, radios y libros, interactuamos permanentemente. En la Argentina, a diferencia de otros lugares, como por ejemplo España y Portugal, no hay una abundante literatura dedicada al juego y a las ideas que hacen al desarrollo de nuestro deporte, por eso resulta una buena noticia encontrarnos con un libro que trata sobre los cambios que fueron modificando el modo de pensar y de jugar al fútbol, desde los descubrimientos de las neurociencias hasta el origen del talento argentino, pasando por el método de entrenamiento de Marcelo Bielsa o el modelo de juego del Barcelona que dirigía Josep Guardiola.

Con Adrián hemos mantenido largas y apasionadas charlas, muchas de ellas mientras esperábamos que nuestros hijos, Octavio y Alejo, terminaran su práctica de fútbol. Esas conversaciones, que abarcaban la táctica, el entrenamiento, los sistemas de juego o el aprendizaje de los jugadores, nos enriquecieron mutuamente. Conozco muy bien la curiosidad, la pasión, el poder de observación y, sobre todo, el conocimiento que el autor tiene sobre el juego. Por suerte para todos a quien amamos el fútbol una parte de esas ideas ha tenido como corolario este libro: Antes del gol.

Solo me resta desearte lo mejor.

Tu amigo

Alejandro Sabella



MESSI

10

INTRODUCCIÓN

EL DIEZ

Octavio Paz o Gabriel García Márquez o Alejo Carpentier caminarían sin apuro por los extensos senderos del Central Park; se detendrían en cada árbol añejo; reconocerían el canto de los cientos de especies de pájaros que moran allí; pasearían por Strawberry Fields y se pararían frente al mosaico que la ciudad de Nápoles le regaló a Yoko Ono y en cuyo centro está inscrita la palabra “imagine”, en homenaje a John Lennon, justo frente al Dakota, el edificio donde lo asesinaron (y que ellos aprovecharían para visitar); se deleitarían con el estilo gótico-romántico del castillo Belvedere; responderían con una sonrisa ante el chino que los saludara y apenas se darían la vuelta para observar a la pareja de rusos que se sacan fotos en la Bethesda Terrace; apreciarían la arquitectura de cada puente y de sus diferencias; descansarían a orillas de alguno de los lagos; mirarían con ojos de niños esos carruajes antiguos que esperan a sus pasajeros estacionados al borde de la 59th; y verían, al pasar, dos o tres ardillas subir a los árboles, siempre apuradas; recorrerían el jardín de Shakespeare, la fuente Bethesda, con su Ángel de las Aguas y el lirio en su mano; no se perderían el Paseo literari, ni las estatuas de poetas y escritores ni la de Alicia en el País de las Maravillas; llegarían a la Quinta Avenida y espiarían, de lejos, las grandes vidrieras; y habrían notado, del otro lado, el barrio de Harlem y después se habrían dado una vuelta por el Metropolitan Museum; y antes, habrían olfateado alguna flor y habrían pasado cerca del Delacorte Theatre y habrían imaginado la puesta en escena de Hamlet durante el verano. Por ejemplo. Y si tuviéramos la suerte de encontrarlos en un bar del Soho, con ganas de contarnos su experiencia, el relato nos transportaría hacia el Parque y viviríamos el momento como algo nuevo, aunque ya lo hubiéramos recorrido decenas de veces. No sería, claro, un trámite rápido, porque las experiencias profundas requieren una cierta suspensión del tiempo. Los cerebros superiores suelen ser lentos, describen el paisaje a su manera: no buscan palabras,

las encuentran; no hacen silencio, lo eligen; y todo eso, naturalmente, requiere paciencia. Hacer desaparecer los objetos no es un procedimiento fácil. Eliminar el bar, los pocillos, el ruido, el olor del café, la gente alrededor. Nos tienen que engañar y hacernos creer que estamos en el Parque, caminando con ellos, viviendo una experiencia desconocida que ellos van a inaugurar con una narración única, inédita, que no es la mera descripción del paisaje que ya conocíamos.

Lo mismo podríamos decir del enganche, del diez, o de Juan Román Riquelme, si queremos poner un nombre propio. Con ellos, el fútbol no se repite: se reinventa y se convierte en emoción. Sus cerebros también son complejos: detienen el tiempo para volver a acelerarlo, repentinamente, en un pase imprevisto, en un freno o en un amague que tuerce la perspectiva de las cosas, que nos hace ver lo que estaba oculto, incluso hasta de nuestra propia imaginación. Determinan las posibilidades porque las inventan y las hacen infinitas, sostienen el tiempo porque lo crean. Nos engañan, nos retiran el mundo y ya no podemos ver otra realidad que no esté inscrita en esa narración que ellos desarrollan en el idioma de la pelota. Esos jugadores y ese fútbol no abundan. Son como los escritores clásicos. Tienen nombres propios y tal vez creemos que ya no los veremos tan seguido como antes. Tal vez se trate de que ese sentido y esa espiritualidad que ellos saben darle al juego, haya cambiado un poco, producto de los tiempos que nos tocan vivir. Vale la pena intentar una respuesta, buscar una razón, entender el proceso por el cual se fue produciendo la transformación.

En cada partido de los cientos que solemos mirar, notamos una secuencia repetida, que se sucede sin muchas diferencias; los partidos no son iguales, pero se parecen unos a otros. Los jugadores van y vienen, cada vez más rápido. La velocidad está puesta allí no ya como recurso del talento sino como valor en sí mismo. El desplazamiento es más importante que la forma. Llegan al área jugando a uno o a dos toques; tiran un centro; vuelven; defienden todos, atacan todos; una vez más; insistentes. Gol. O el arquero. O a las nubes. El lunes, el martes, el miércoles y así hasta el domingo; todos los días, en internet o en televisión. No en el estadio, a los que vamos cada vez menos. Tal vez porque el espectáculo también implica el plano corto, la cara del

futbolista mostrándonos su frustración o su alegría; o tal vez porque en casa podemos apreciar, nuevamente, esa jugada; y luego juzgarla. Y porque mientras tanto podemos levantarnos, abrir una cerveza o tomar unos mates y, al mismo tiempo, chatear con nuestros amigos. La secuencia se completará con un compacto de los goles y de las jugadas más importantes, que veremos en la televisión, en la computadora o en el celular; y escucharemos a una fauna heterogénea que juzgará a los jugadores y a los entrenadores, que montará un show -previamente armado- para polemizar: jugaron sin actitud, o no saben jugar al fútbol, o el entrenador tiene que dejar el cargo. Parecerá ser el centro de nuestras vidas, pero sólo por un rato; el efecto será efímero, se disipará rápidamente. Será un hecho fugaz, como la lluvia torrencial de esta mañana, que ocupa nuestras conversaciones hasta el sol de la tarde; como la película que vimos en el cine el sábado a la noche y de cuyo argumento nos olvidaremos el lunes (sobre todo si es una de Hollywood). El partido será una experiencia cuya relevancia estará dada por el presente, no por el partido en sí, ni menos por lo que nos quedará a nosotros como vivencia de un hecho que aprehenderemos como si fuéramos los protagonistas. No se trata de una ilusión, antes bien es parte de una trayectoria, de una secuencia que nos mantiene cautivados justo hasta que viene el otro partido, que repetirá el ritual y que esperaremos con renovado entusiasmo frente al televisor.

Cada año fuimos agregando partidos a la lista de ofertas: de España, de Inglaterra, de Italia; después de Brasil, de Francia, de México; y la lista se haría interminable si consultamos alguna página de internet. Era necesario. Qué hubiera pasado si no. Esos largos interregnos entre el partido del domingo y el del otro domingo (con suerte había alguno de la Copa Libertadores el miércoles) debían ser ocupados. Eran nichos (fea palabra) que el negocio no debía desaprovechar¹. Entonces nos vemos tentados a pensar que el fútbol se ha convertido en esclavo del dinero. Y si lo pensamos, tal vez lo que estemos haciendo es ver una foto

1. En 1992, mientras vivía en Viedma y asesoraba a Liga Rionegrina de Fútbol, llevé a Julio Grondona en mi automóvil hasta Bahía Blanca, donde iba a tomar un avión de regreso a Buenos Aires. Durante el viaje le pregunté por qué nosotros, que vivíamos muy lejos de la Capital, no podíamos ver los partidos de Primera División en directo. Me contestó que eso mataría el fútbol de las Ligas del interior del país. Estoy convencido de que su respuesta fue sincera. Tal vez él no se esperaba lo que pasaría pocos años después.

de las patas del animal mientras se escucha la primera estrofa de la novena sinfonía de Beethoven. No estaríamos viendo la película, donde el animal entero corre mientras suena la última parte de la sinfonía, el himno a la alegría. Tomamos ese dato, que es el que nos molesta o el más evidente, y ya encontramos una causa en donde podemos poner todos los males que, creemos, afectan al fútbol. Como si fuera un cesto de basura. Probablemente no sea una buena idea si es que queremos comprender qué es lo que ha pasado. Porque cuando examinamos por qué el fútbol es un enorme negocio que se expande a países sin demasiada tradición, como China (con el único objeto de captar a miles de millones de personas) o por qué los chicos –nuestros hijos– pueden estar mandando mensajes mientras ven televisión, charlan con nosotros, toman algo y ven vídeos en youtube, todo en el mismo momento, tal vez habría que preguntarse si esos acontecimientos no guardan alguna relación. O por qué algunos entrenadores prefieren dejar en el banco de suplentes a Riquelme (y agregue usted los jugadores talentosos que se le ocurran o que piense que son muy buenos y que algún entrenador ha preferido no ponerlos). Seamos más claros, reclamamos por una especie en vías de extinción: el enganche. Cuál podría ser la relación; podemos pensar que esos hechos están unidos por el color del dinero, la sociedad de consumo, el negocio de grandes corporaciones, la globalización y todo eso que -según juzgamos- va inundando de superficialidad cada rincón del alma que aún nos queda; si nos queda.

¿Qué había antes de la Novena Sinfonía de Beethoven o antes del cine? ¿A quienes reemplazaron? Y si el enganche está en vías de extinción, ¿por quién lo reemplazamos? (o a Riquelme, si es que es verdad que ya no lo veremos más). Claro que existía una música antes de la novena sinfonía. La escuchaba muy poca gente, era una forma elitista de entretenimiento, con maneras más bien sobrias e intelectuales. Cuando se escuchó por primera vez, la mitad del público se fue antes, a mitad de la obra. Demasiado larga. Un crítico londinense de aquella época, de reconocido prestigio, expresó que esa sinfonía sólo podía ser escuchada por gente frívola y superficial; cerebros que, por educación y por costumbre, no pueden pensar en otra cosa que no sea en la moda, los trajes, el chisme y la lectura de novelas. ¡La lectura de

novelas! Sí, hubo una época en la que también era mal visto leer novelas. Una época en la que los padres alejaban a sus hijas de los lectores de novelas. Ahora siguen existiendo y esas historias también se narran a través del cine, o de la televisión, o de un Ipad. Nos surge la tentación de hablar de evolución: del caballo a la locomotora y de ahí al avión; de los Sacachispa a los Fulbencito y de ahí a los Puma flúo. Pero hay muchas cosas en nuestras sociedades que no implican necesariamente una evolución, sino lo contrario. Sería mejor decir, simplemente, que las cosas cambian. Y cada vez más rápido (otra vez la velocidad como protagonista). Pensamos distinto, actuamos distinto. También en el fútbol. Para intentar entender, para encontrar respuestas, para explicarnos cuáles fueron los mecanismos que desataron esos cambios, al menos en el fútbol, es preferible intentar ver la película, no la foto; el animal corriendo, no sus patas o sus orejas; la novena sinfonía en toda su extensión, con el himno a la alegría incluido.

Nada mejor, para hacerlo, que sentarnos bien arriba, en la tribuna, y no tomar partido por nadie. No nos pongamos ninguna camiseta si no queremos correr el riesgo de que la película se vea borrosa. Cuando usted no ve al enganche, o lo ve —que es peor— sentado en el banco de suplentes, hay que empezar por el tiempo en el cual Riquelme apenas había nacido. En ese fútbol había punteros que vivían cerca de la raya, confundidos entre la gente, esperando que viniera la pelota para transformarse en un ventarrón o en un trompo que mareaba a su marcador, con quien, antes o después, había intercambiado miradas amenazadoras e incluso algún insulto. A esos defensores los llamábamos “marcadores de punta”, guardianes, a nombre de su equipo, de un territorio que amenazaba el puntero con la intención de desembarcar en el fondo de la cancha para darle la pelota al nueve o irse, solito, rumbo al gol. Esos marcadores vivían confinados en un territorio que abarcaba apenas hasta la raya central. Alessandro Baricco, exitoso escritor y en su juventud apasionado futbolista, cuenta que durante años vio a su equipo “marcando goles lejanos y vagamente misteriosos: era algo que ocurría allá al fondo, en una parte del campo que no conocía y que, a mis ojos de defensa lateral, reproducía el aura legendaria de una localidad balnearia, más allá de las montañas: mujeres y gambas.

Cuando marcaban un gol, allá al fondo se abrazaban, esto lo recuerdo bien. Durante años vi como se abrazaban, desde lejos. De vez en cuando incluso me dio por recorrer todo el campo para unirme a ellos, y abrazarme yo también, pero la cosa no salía muy bien: uno siempre llegaba un poco tarde, cuando la parte más desinhibida del asunto ya había terminado: y era como emborracharse cuando los demás ya están volviendo para casa. Así que la mayor parte de las veces me quedaba en mi sitio: entre los defensores intercambiábamos alguna sobria mirada. El arquero, ése siempre estaba algo loco: él se las arreglaba por su cuenta...”.

No eran los únicos casos, también había un stopper obstinado en impedir que el nueve rival pudiese convertir un gol: en ese duelo personal se centraba una tarea tan implacable como injusta porque un rebote, en el minuto noventa, podía frustrar una actuación impoluta. Detrás de ellos, de los marcadores de punta y el stopper, estaba el líbero, como un buen amigo dispuesto a ayudar cuando hiciera falta; elegantes, sobrios, inteligentes e intuitivos, podían ser toscos o finos en el manejo de la pelota; era un asunto menor. Lo trascendente era alejar esa pelota del área, convertirla en inocua, perderla de vista a un costado de la cancha, hacerla volar entre los árboles, o detrás de ellos. Había, en ese fútbol que yo conocí, unos número nueve grandotes, oportunistas y goleadores. Andaban pululando por el área como quien va por el barrio de Once o de Flores a la pesca de alguna oferta; eran como comerciantes astutos: de lo poco sabían hacer mucho; entre lo escaso sabían apreciar ese retazo de jugada que, como de la nada, convertían en un gol. Era un fútbol de especialistas. Excepto el ocho, más parecido al médico clínico que tanto puede saber de los músculos como del cerebro de una persona. Pero no profundamente: hacían goles, aunque no tantos; manejaban los tiempos del equipo pero sin la inteligencia del diez; marcaban pero sin la energía del cinco; gambeteaban pero sin la habilidad electrizante del siete o del once. Era un adelanto de la medianía que veríamos después. La belleza, la poesía, el arte hecho jugada, el ideal lúdico del fútbol; el acto de magia que podía detener el mundo hasta convertirlo en una foto que quedaba grabada por siempre en la memoria; todo ese sueño solo podía estar reservado al número

Diez. Caminaba; no importa; levantaba la patita cuando el cinco de ellos lo quería amedrentar; no interesa; se paraba y ponía los brazos en jarras cuando un compañero no le daba la pelota; qué más da. De él nos importaba ese pase, esa gambeta, ese sombrero, ese caño, ese tiro libre. En singular, porque cada jugada podía ser única, como lo es la pintura del artista o el libro del gran escritor. Todo eso nos recuerda Riquelme y los enganches que añoramos. El fútbol, en ese entonces, era de artistas y de peones; el trabajo, en el campo, estaba dividido. Una suerte de línea de montaje de una fábrica cualquiera: Cada uno en lo suyo.

En aquél tiempo todo era lento, los días pasaban con minutos que parecían horas; incluso, hasta podíamos aburrirnos (sobre todo si teníamos que ir a visitar a la tía anciana, que todavía ni siquiera tenía televisión). El fútbol también lo era, tenía caja de tercera, como los antiguos automóviles. Ahora los días pasan con horas que parecen minutos, y si bien las tías ancianas siguen existiendo, están en los geriátricos, y allí los chicos no van (y si fueran, lo harían acompañados por el pedazo de mundo desplegado en sus Ipods). También el fútbol acompañó las nuevas costumbres, se hizo más rápido, más espectacular (no dije más lindo o mejor), más apropiado para los intereses de la televisión y del negocio. No es un fútbol de fotografías, de secuencias lentas; es un fútbol de videoclip, de transiciones rápidas, donde se está defendiendo mientras se prepara el ataque y se ataca pensando en defender; porque todo es tan inmediato y fugaz que hay necesidad de pensarlo antes; si lo pensamos recién cuando ocurre, ya es tarde. De esas trayectorias lentas a estas trayectorias rápidas. Eso cambió. Pero no fue lo único. De aquellas tareas perfectamente definidas y realizadas por especialistas, a esta especialización generalista en la que todos hacen de todos. Y de todo: El lateral ataca, hace diagonales, llega al área; el diez defiende y presiona; el siete baja cuando sube el tres y así están, como amigos que salen a correr por el Central Park; el nueve persigue a los centrales para evitar la salida clara desde la defensa. Y todos apiñaditos, cerquita unos de otros, como un ejército compacto y cerrado, defendiendo el arco propio. A propósito de ello, dos referencias que grafican esos cambios: la primera de Bielsa, para

quien los centrales tienen que tener un buen manejo de la pelota, a tal punto que cuando elige un jugador, puede postergar algunos aspectos inherentes a la función defensiva para conseguir que ese primer pase sea eficaz. La segunda es de Guardiola, quien enseña a sus jugadores que los defensores deben atacar y los delanteros deben defender. Y que cuando un equipo consigue hacer eso, es casi invencible, según cree.

De la división de funciones a la acumulación de funciones; de la parcelación de tareas a la extensión de las tareas. Una medianía donde todos los jugadores están dispuestos para hacer lo que haga falta. Esa es la perplejidad de Riquelme, obligado a convivir con todo eso. Pero si vemos la fotografía del negocio esparciéndose por todo el campo de juego devastando todo rastro de civilización anterior mientras no sirva a sus intereses, no estamos viendo la película. Estamos viendo un monstruo que nos muestra unas garras y unas orejas y un ojo. Pero no todo el animal. Cuando lo apreciamos, tal vez no sea monstruoso. Ese fútbol, donde todos atacan y todos defienden, donde la velocidad, la potencia y la dinámica son valores necesarios y propios del sistema, nos recuerda a la Holanda del 74, al totaalvoetbal (fútbol total). No importa si ese fue el comienzo. Allí tenemos un hito que nos hizo dar cuenta de que algo estaba cambiando, que empezaba a ser distinto. La regresión de la especialización generó una multiplicación de posibilidades. La consecuencia de esa regresión terminó, muchas veces, con Riquelme sentado en el banco de suplentes. Pero el sistema no lo expulsó. Tal vez, ocasionalmente, se haya sacado de encima al enganche. Por efecto de muchas cosas que fueron ocurriendo, entre ellas el hecho de que, en la nueva película, al muchachito se le exige no sólo salvar a la humanidad, sino también –a veces– preparar la comida o secar los platos. Usted los puede ver, todos los días –no solo los domingos– convirtiendo maravillosos goles, salvando (no a la humanidad pero sí) a sus equipos y muchas veces, cuando es necesario, con el delantal del cocinero.

LA VELOCIDAD Y EL ROMANTICISMO

Es más romántico establecer una lucha que ya creemos perdida, convertirnos en Quijotes que luchan frente a molinos de viento. Si algo nos devuelve la idea de romanticismo es la idea de espiritualidad, de ser humanos. Justamente a partir del siglo XIX la burguesía buscó una manera de elevación que le permitiera dotarse de una espiritualidad; un alma ya no como representación de Dios sino como forma de trascendencia personal, es decir, la conciencia de que tenemos una dimensión espiritual (no religiosa) capaz de elevarnos por encima de nuestra naturaleza puramente animal. Fueron construyéndola acercándose a la intimidad de las cosas, encontrando en ellas un sentido que no aparece, fácilmente, en la superficie, que no se aprecia a simple vista. Se consigue con tiempo. Lentamente. Había que tener paciencia para absorber cada pedazo de mundo. En el fútbol, esa intimidad, ese conocimiento profundo del juego, esa reivindicación de una lentitud tan necesaria como vital para absorber el sentido de un acontecimiento; esa iluminación, tan natural como adquirida en miles de horas sumergido en campos de fútbol, sólo puede ser resumida, sin vueltas, por el número diez: Es ese movimiento lento de Riquelme que parece detener el mundo justo antes de que este vuelva a echarse a rodar impulsado por un pase invisible que descubre la inminencia de un gol que nos parecía tan lejano. Se entiende la añoranza.

Por eso, tal vez, sigamos quejándonos de cierto fútbol, de las orejas monstruosas del animal, protestando por esos chicos que miran una película, chatean, comen pizza, te preguntan algo, como al pasar, superficialmente, casi desentendidos. No los entendemos. Nos gustaría encontrar en ellos esa espiritualidad perdida. Saltan de un lado a otro, a velocidades altísimas, sin detenerse más que un instante en cada estación de mundo. Hemos creído siempre que el premio viene después del esfuerzo y que el alma se encuentra en la profundidad de las cosas (y podría seguir siendo cierto si es que uno se dedica a una profesión determinada) pero para los chicos eso implica un sinsentido: Si deciden emplear todo el tiempo necesario para llegar al corazón de las cosas, supongamos, de la novena sinfonía, es probable que no les quede tiempo

para nada más. ¿De qué sirve llegar al corazón de esas cosas si, para llegar, han dejado de ir al cine, no conocen el nuevo videojuego, se han perdido retazos de mundo que transcurren en Youtube, han dejado de ver la serie de Discovery o de Sony y no han visto el partido del que todos hablan, antes, y luego todos comentan, después? ¿En qué mundo preferirán vivir? No se trata de un problema de esfuerzo, sino de premio. Para los burgueses, el acceso al corazón de las cosas era una cuestión de placer, de intensidad de vida, de emoción. Los chicos, tal vez, harían el esfuerzo si encontraran en ello un sentido. ¿Quién se los asegura, como para que decidan zambullirse a semejantes profundidades? La experiencia parece estar en la superficie, y para eso hay que navegar, surfear de aquí para allá, viviendo múltiples situaciones, devorando pedazos de un mundo que se precipita hacia nuestros sentidos. Con rapidez. O lo tomamos o se va. Definitivamente. El sentido está en la secuencia; en la trayectoria. El saber parece menos profundo, pero es, en realidad, extenso, abarcativo, integral. Como bien dice Alessandro Baricco, el camino del saber, que antes hacíamos en vertical, ahora lo hacemos en horizontal: Extensión, complementariedad, integración y contexto. Esos son los nuevos adjetivos del saber. Se busca el sentido, pero de otra manera: En la superficie y no en la profundidad; con viajes permanentes en lugar de lentas inmersiones.

Quien sabe cuándo empezó ese movimiento que hizo que el cinco o el dos necesitaran manejar bien la pelota, además de marcar; quién sabe cuándo nos ocupamos de la velocidad. O que hayamos empezado a hablar del falso nueve, del doble cinco, del mediapunta, o del lateral volante. Qué importa. Da igual. Ya no encontramos con facilidad al enganche, a esos jugadores que con un toque de inspiración le daban sentido a todo un domingo, pero encontramos a otros que, metidos en un colectivo, con funciones múltiples, ofrecen una estética —a veces— tan gratificante como aquella. Quizá siga pensando, de todos modos, que el fútbol ha dejado de pertenecerle a los jugadores, que se lo apropiaron los dirigentes de Asociaciones y Federaciones que saben muy poco de este juego, o que los intereses de la televisión o de las grandes corporaciones han corrompido este deporte. Puede ser.

Pero sería conveniente que situemos este cambio en una red de acontecimientos: Pensemos en la mejora de los campos de juego; o en el desarrollo tecnológico que ha acercado el fútbol hacia lugares remotos; o en que el avance de las ciencias ha permitido poner en práctica métodos de entrenamiento más adecuados para los futbolistas; o en que la información que circula por la red, con libertad, nos ha permitido conocer y aprovechar esos avances; o en que los jugadores jóvenes tienen espejos donde mirarse porque al menos –si no es en directo– pueden ver a los mejores jugadores de todo el mundo por la televisión. Por ejemplo. Después, seremos libres de juzgar si, de todas maneras, estos cambios se traducen en una mejora del juego y del espectáculo o si, por el contrario, aquel animal, aunque más lento, también era más esbelto, refinado y hermoso. Pero si la mirada se detiene en un único rasgo de esta civilización de la espectacularidad, que estimula el goce efímero, sin sentido, entonces esa mirada será tan superficial como lo que critica. Porque cuando eso no pasaba y el fútbol no era esclavo del negocio, había equipos que no daban mucho más que patadas y solían regalarle demasiadas pelotas a los ángeles. y, como contrapartida, al compás de este fútbol nuevo, de trayectorias rápidas, aparecieron equipos, como la Selección alemana, campeona del Mundo en Brasil, mostrándonos eficacia, espectacularidad, dinámica, velocidad, armonía, contundencia e incluso, algo de inspiración individual. Sus jugadores no se parecen al número diez. Pero también, como signo de estos tiempos, nació el Barcelona de Guardiola, influido –era inevitable– por esta postmodernidad: Todos atacan, todos defienden; todos corren, todos cumplen con una multiplicidad de funciones. Allí hay un héroe como Iniesta, que puede hacer la comida, preparar las mesas, atender a los comensales y, al mismo tiempo, conducir la fiesta. Si buscábamos alma, profundidad, trascendencia, sentido, ahí estaba. ¿Quiere resumirlo? Una verdadera Novena Sinfonía de Beethoven.

Habría que ver, en cada caso, qué cambios significan una evolución y cuáles resultan inocuos, o hasta nocivos. Aquél fútbol total de Holanda, que hoy podemos ver como una verdadera evolución, parece que era parte de un movimiento más amplio que se daba en los Países Bajos y en el resto de Europa. En Holanda, por ejemplo, el arquitecto estructuralista

Aldo Van Eyck decía que los sistemas debían ser familiares el uno con el otro en tanto componían un único sistema complejo. De la misma manera, en el Ajax de Michels, cada jugador infería su importancia y su significado a partir de su relación con los demás integrantes del equipo. Eran un todo. No es casual, tampoco, que a ese estilo se lo conociera como fútbol total. Ese término no era, por supuesto, exclusivo del fútbol sino que, al contrario, era utilizado en una vasta cantidad de disciplinas. Justamente, el arquitecto holandés J.B. Bakema, parte de aquél movimiento, usaba términos como “urbanización total” o “ambiente total” y sostenía que el hombre “ahora es consciente de que es parte de un sistema de energía total”. Claro que la arquitectura no tiene nada que ver con el fútbol. Pero los avances científicos fueron modificando el modo de entender y procesar la realidad. En todos los ámbitos (la literatura, la física, la meteorología, la psicología, o la neurología). Y de eso nos ocuparemos en la primera parte del libro, de los procesos que fueron modificando la manera de entrenar a un equipo y de mejorar a los jugadores. Describiremos, como parte de esa evolución, el juego del Barcelona de Guardiola, que tiene –y no de casualidad– sus raíces holandesas.

El capítulo siguiente se refiere a la creatividad y se relaciona, también, con el entrenamiento, con el estímulo que necesita el talento natural. En la Argentina han nacido tres de los cinco mejores jugadores de la historia del fútbol (Maradona, Di Stéfano y Messi; los otros dos son Pelé y Cruyff). Siempre hemos pensado que las razones debían buscarse en una buena base alimenticia, en las horas dedicadas al fútbol en cada potrero de cada rincón de este país y, por supuesto, en el amor que sentimos los argentinos por este juego que hemos aprendido, paradójicamente, de los ingleses. Todos ellos son requisitos necesarios, claro, pero no alcanzan a explicarnos el punto central que facilita el desarrollo del talento. Veremos cuán necesarios hemos sido cada uno de nosotros para que los futbolistas argentinos expresen un talento tan particular.

El método de entrenamiento de Marcelo Bielsa nos va a ocupar el último capítulo. Y no necesariamente porque las ideas del entrenador argentino puedan ser inscritas dentro de nuevas tendencias de

pensamiento. Pero la metodología que él ha creado para construir el juego o el estilo de un equipo y para mejorar individualmente a los jugadores es, por su originalidad, una verdadera novedad y, por lo tanto, merece un tratamiento específico.

Estas páginas expresan sólo un modo de ver las cosas. Y aunque ninguna perspectiva es la verdadera, la pérdida de un punto de vista empobrece el mundo común. Y si algo, poco o mucho, de lo que aquí se dice fuera verdad, esa verdad sólo sería provisional, válida mientras no aparezca otra que la califique o refute.



CAPÍTULO I

LA SELECCIÓN DE LA COMPLEJIDAD Y LA INCERTIDUMBRE

“El universo es construcción. El futuro no está dado. Hay que encontrar el camino estrecho entre el determinismo y lo aleatorio. La probabilidad es la forma en la que el universo evoluciona”.

Ilya Prigogine

EL HORMIGUERO, LA LLUVIA, EL RESFRÍO MIENTRAS ESPERABA EL COLECTIVO Y EL CLÁSICO RIVER - BOCA

Si lo invitara a relacionar los datos de este título tal vez usted se imagine una historia en la que el protagonista fue a ver el clásico entre River y Boca, que en el trayecto, apurado por llegar a la cancha, cruzando los bosques de Palermo o alguna plaza de su barrio, tuvo la mala fortuna de pisar un hormiguero y sufrir una picadura. Que de vuelta a su casa, mientras esperaba el colectivo, se largó una lluvia torrencial que le provocó un gran resfrío. ¡Ahhtchiiiiis! Pero no, nada de eso ocurrió. No hay una historia que relacione estos sustantivos y, aún así, hay cosas en común entre todos ellos. Una hormiga, por ejemplo, sólo podría ejecutar un conjunto de acciones mínimas y condicionadas por el entorno que la rodea; pero si las tomamos en grupo, en un hormiguero, son capaces de formar sociedades complejas y desarrollar actividades como la agricultura, la ganadería, la arquitectura, la ingeniería y, también, ciertas prácticas de esclavitud. Juntas se convierten en un sistema que actúa con un fin común, en un macro organismo con un comportamiento global inteligente.

Si estamos mojados, con frío, esperando el colectivo durante media hora en la parada, estaremos haciendo la publicidad necesaria para que unos minúsculos micro organismos se metan en nuestro cuerpo y nos pesquemos un buen resfrío. Estaremos congestionados, tendremos, tal vez, algo de fiebre, estornudaremos, y perderemos, por algún tiempo, el sentido olfativo. Probablemente, esos síntomas lleven a que no tengamos ganas de comer, que estemos de mal humor, que nos sintamos cansados y que no tengamos interés por actividades que normalmente nos provocan placer. Se nos ha afectado “solo” el sistema respiratorio. Pero, sin embargo, nos ha traído consecuencias en nuestro funcionamiento general. El sistema digestivo es bastante diferente del sistema respiratorio y este del sistema nervioso, pero no hay parte alguna de nuestro cuerpo que provoque un efecto aislado del resto. De hecho, los sistemas no podrían funcionar independientemente, de lo contrario, no formaríamos un ser vivo.

¿Qué tendrán que ver entre sí la lluvia y el colectivo? ¿Y los hormigueros y los seres humanos? Todos ellos son sistemas o partes de sistemas abiertos y dinámicos. Por ejemplo, sabemos muy bien que la emanación de gases y de productos químicos que liberamos a la atmósfera causan el progresivo calentamiento del planeta; y no necesitamos ser tan drásticos pues incluso hasta una mariposa puede provocar cambios climáticos agudos. Pero dejemos eso para más adelante. Los colectivos son parte del tránsito de una ciudad, que en sí mismo también constituye un sistema (a veces bastante complejo).

El hormiguero, el clima, los seres humanos y el tránsito son sistemas dinámicos y abiertos, en tanto intercambian energía con el exterior. Se los define como un conjunto de elementos o partes que se relacionan entre sí con un objetivo concreto. Un equipo de fútbol, del mismo modo, es un conjunto de once jugadores que se relacionan entre sí para llegar a un objetivo, que es el de ganar. Por lo tanto, River y Boca; y también Gimnasia, Estudiantes, Central, Ñuls, o el equipo que usted prefiera, son sistemas, abiertos y dinámicos. Y de esta realidad se derivan una serie de consecuencias que vamos a explicar a lo largo del capítulo.

La ciencia clásica, el llamado “racionalismo clásico”, desde Aristóteles hasta Descartes, nos acostumbró a analizar y a estudiar los fenómenos del universo –desde la física hasta la biología– dividiéndolos, separándolos en partes. Esa visión analítica imaginaba un universo como una especie de gran mecanismo de relojería donde cada pieza encajaba perfectamente en otra. Sólo era cuestión de investigarlo. Ese saber compartimentado y divisionista –aún a pesar del intento por relacionar entre sí a las distintas ciencias– no alcanzaba como para que pudiéramos comprender la complejidad de los fenómenos, sean biofísicos o culturales: desde el nacimiento del universo o el estado del tiempo hasta el funcionamiento de un equipo de fútbol o los cambios en los precios de una economía a lo largo de los años. La ciencia clásica, aún con sus grandes descubrimientos, no nos había podido explicar qué tenía que ver la aletoriedad en el funcionamiento de los sistemas; o el entramado de relaciones que se producían entre las partes y el todo; o cómo el desorden, casi como por arte de magia, podía producir, espontáneamente, fenómenos de orden. Todo esto está muy cerca del fútbol, aunque no lo parezca. Y también de nuestras vidas, de lo que hacemos todos los días.

Durante el siglo pasado aparecieron científicos e intelectuales como Henri Poincaré, Ludwig von Bertalanffy, Edward Lorenz, Ilya Prigogine, Fritjard Capra, Humberto Maturana, Benoit Mandelbrot o Edgard Morin,¹ y fueron armando la *Selección de la complejidad y la incertidumbre*, que comenzó a desafiar –tal vez sin saberlo– a quienes integraban el club de la ciencia clásica. Estos habían ganado todos los partidos –jugando bien, hay que reconocerlo– con un estilo racionalista, determinista, construido a base de mediciones y certidumbres, donde dos más dos siempre era cuatro y si había una B era porque antes había habido una A. En cambio, la nueva Selección comenzó a pregonar que en los fenómenos de la naturaleza había azar, algo de caos, que los organismos vivos interactúan entre sí y con el medio que los rodea y que de allí se derivan consecuencias que no es posible entender si los separamos y los aislamos del exterior. Complejidad e incertidumbre, conceptos que definen a este equipo y por eso el nombre de fantasía que aquí les hemos puesto.

1. Sólo nombro a algunos y sin pretensión de jerarquías.

CAPÍTULO II

LO QUE NATURA NO DA...

LA FURIA, ¿QUÉ ERA ESO?

Hace unos treinta o cuarenta años atrás, la selección española era conocida como “La Furia” porque su estilo estaba vinculado con la intensidad física, la garra y el juego directo. En realidad, lo que disimulaban era el poco fútbol que solían desplegar sobre el campo. Laureano Ruiz, quien trabajó en la cantera del Barcelona e incluso dirigió al primer equipo, describe cómo era el fútbol en España hace más de 50 años haciendo referencia a una gira que hizo San Lorenzo de Almagro. Dice Laureano que el equipo argentino había causado una gran impresión, porque nunca habían visto un juego tan vistoso y espectacular. Les causaba asombro que los jugadores azulgranas se asociaran con pases cortos y tocaran la pelota con el interior del pie y hasta con el taco. En España usaban el empeine frontal o le pegaban de “puntín”. Había, en ese juego –cuenta Ruiz–, sorpresa, engaño, pases impensados y paredes. Tanto es así que los periodistas de aquella época escribieron que los argentinos, en lugar de patear al arco, “hacían pases a la red”.

Muchos años después, en el año 1988, Johan Cruyff llegó para dirigir al Barcelona. Estuvo hasta el año 1996 y Jorge Valdano vivió muy de cerca el proceso del holandés en Catalunya. En ese entonces dirigía al Tenerife, que venció al Real Madrid durante dos años seguidos en la última fecha del torneo y con eso le permitió al Barcelona consagrarse campeón en ambas temporadas, aún llegando un punto por debajo del Real a la última fecha. El argentino afirma que a partir de la llegada del entrenador holandés hubo un cambio en la tradición del club, en el gusto de los aficionados y en la organización institucional: “...creció la autoestima, el prestigio, la credibilidad. La transformación no sólo se debió a Cruyff, claro, pero habría sido imposible sin él... En un país que se había creído la mentira de La Furia hasta el punto de convertir el talento en algo secundario... él se aferró a lo más viejo del fútbol,

el balón... eligió buenos jugadores y un orden atrevido; insistió en el hábito del toque para monopolizar la posesión y, a los dos años, la pelota ya se había puesto de su lado... Ganó más que nadie... (y) activó la cantera más que ninguno”.

Unos años más tarde, España fue campeón de Europa (en 2008 y en 2012) y campeón del mundo (en 2010). La Furia había quedado atrás para darle paso a un estilo opuesto, que privilegia la posesión de la pelota, el juego elaborado y paciente, el toque corto y a ras de piso. La mayoría de los jugadores de esos planteles fueron formados en el Fútbol Club Barcelona. Desde Iniesta y Xavi hasta Busquets y Fábregas, pasando por Piqué, Puyol, Pedro o Jordi Alba.

Cuando se habla del éxito del Barcelona, los nombres rutilantes suelen ser, sobre todo, dos: Cruyff y Guardiola. El éxito de un grupo siempre ha tenido pocos nombres propios. Aún cuando Poincaré fue importante para la física, las remeras y las agendas llevan impresa la cara de Einstein (sacando la lengua); no se pueden negar sus merecimientos. Pero en el caso del equipo culé, al menos, hay que distinguir y reconocer el trabajo de Francisco Seirullo Vargas. Este hombre nació –casualidad o no– en Salamanca, una ciudad símbolo para las ciencias. Allí se erigió la primera universidad europea, creada en 1218 por Alfonso IX de León y ostenta el título de universidad por un edicto de Alfonso X el Sabio del año 1253 y por la bula Papal de Alejandro IV, de 1255. En América –y también en Europa– se acuñó una frase que decía: «Quod natura non dat, Salmantica non præstat». Significa, simplemente: «Lo que la naturaleza no da, Salamanca no presta». Paco, tal es el apodo de Francisco, fue descubriendo que la naturaleza le había dado lo que Salamanca no le podía prestar. Estudió, aprendió, investigó y, finalmente, creó un método de entrenamiento que llamó Microciclo Estructurado. Lleva casi cuarenta años trabajando en el Fútbol Club Barcelona, los últimos veinte como preparador físico del primer equipo. Guardiola ha confesado que “de no haber conocido a Paco, no entendería el trabajo de entrenador como lo entiendo hoy”. Ha sido su preparador físico desde que era muy chico y lo ha seguido siendo cuando Guardiola fue entrenador del primer equipo. Ha trabajado,

también, junto a otros entrenadores ilustres como Johan Cruyff, Bobby Robson, César Menotti, Luis Aragonés, Louis Van Gaal, Radomir Antic y Frank Rijkaard, entre otros.

En la década del sesenta, cuando Seirul lo consiguió su título universitario, “jugaba” en el club de la ciencia clásica. Trabajaba en el atletismo, que para él era la esencia de la preparación física porque allí podía medir y evaluar con una corrección increíble todo lo que hiciera un deportista. Mejorar una centésima de segundo en un año era un objetivo tan difícil como motivante a la vez; estaba en su salsa y miraba con cierta displicencia a quienes se dedicaban a la preparación de los deportes colectivos. Pero con el tiempo se dio cuenta de que en los deportes individuales hay poco nivel de interacción, que los movimientos son lineales, que el atleta que corre cien metros con vallas, aprende el gesto y lo automatiza; pero detrás de él viene otro y hace algo muy parecido; los comportamientos son homogéneos, se parte de una situación de origen y se llega a una situación final de un modo muy parecido. En cambio, Leonel Messi, Gareth Bale y Zlatan Ibrahimovic, en el mismo lugar de la cancha, con los mismos rivales y el mismo tiempo para resolver, si es que se pudiera porque eso no pasa nunca en el fútbol, tomarían decisiones diferentes cada uno de ellos. “Vi que el soporte de la condición física tradicional no llegaba a donde llega la ciencia de la complejidad. Entendí que estudiando la complejidad podía cambiar el soporte de las actividades que necesitaban los deportes de equipo. A partir de ese momento, cambié. Hasta los 25, 28 años, estuve preparando “atléticamente” a los deportes de equipo. Pero entendiendo al ser humano como un ser complejo, una estructura híper-compleja, puedes construir las tareas en otra dimensión y hacer otra preparación física más específica a los deportes de equipo”.

Ya no podía basarse en ciencias que se encargan de medir, por ejemplo, el consumo máximo de oxígeno de un jugador con una precisión que puede oscilar en dos o tres por ciento, más o menos. Porque el fútbol tiene otras implicancias, donde ese dos o tres por ciento –aceptable en la fisiología–, calculado en la distancia para llegar a una pelota, representan los centímetros que sobran o que faltan para que un jugador convierta un gol o lo evite. La complejidad del ser humano y de los

CAPÍTULO III

EL FÚTBOL NECESITA MEMORIA

EL OTOÑO DEL PATRIARCA

Cuando a Gabriel García Márquez se le ocurrió escribir la novela *El otoño del patriarca*, idea que le surgió después de cubrir como periodista la fuga del dictador venezolano Pérez Jiménez, lo primero que supo es lo que no escribiría. Si bien hasta aquél momento no conocía el argumento de su novela, lo que sí sabía era que no sería una apología del dictador, ni una novela rosa, ni una descripción realista y minuciosa de aquél infierno político que se vivía en Venezuela. En general, cualquier proyecto comienza por restringir posibilidades. El sistema de preferencias, de gustos, funciona con un criterio de búsqueda que comienza por descartar opciones. Lo que aparece primero es una coacción, una limitación, una frontera que el autor se impone a sí mismo. Antes que nada, las personas, en cualquier actividad, comenzamos por definir lo que no vamos a hacer. Si usted se va a comprar un auto sabe qué auto no va a comprar con seguridad; si se va de vacaciones sabe a dónde no irá. Cuando tomamos una decisión siempre comenzamos por desechar lo que no haríamos.

Cuando un entrenador piensa en cómo quiere que juegue su equipo, lo primero que va a hacer es justamente decidir de qué modo no va a jugar. Comenzará por analizar —entre otras cosas— la capacidad de los jugadores, la cultura o la historia del club, el tipo de fútbol que se juega en el país donde dirige, las posibilidades y necesidades del plantel, el nivel competitivo con relación a los demás clubes, las expectativas del público y, sobre todo, sus propios deseos. Porque, como bien sostiene Bielsa, un entrenador no puede transmitir un estilo de juego que no siente o en el que no cree, porque no sería auténtico y sería inmediatamente descubierto por los jugadores.

La decisión que tome el entrenador va a repercutir directamente en los jugadores, porque va a condicionar sus posibilidades dentro del campo. La idea de juego pasa a ser, para ellos, un parámetro de control:

esto lo podés hacer, esto evitálo; en esta situación quiero que te muevas de esta manera y en esta otra quiero que hagas tal o cual cosa. Por ejemplo, un central dirigido por Guardiola verá restringida su libertad de rechazar largo la pelota y, en cambio, se verá compelido a trasladarla buscando atraer a un rival que lo marque. Cuando Guardiola dice que su idea de juego, que él siente tan suya, tiene que transmitirla al vestuario, lo que está definiendo es justamente unos parámetros de control que van a reducir el número de comportamientos posibles, de los jugadores y del equipo en general. Claro que lo del entrenador catalán representa un orden –necesario– que facilita la aparición de la creatividad de sus jugadores; en cambio, cuando se limitan demasiado los grados de libertad y los jugadores están demasiado coaccionados por las disposiciones tácticas, el equipo termina siendo menos flexible, menos adaptable a las situaciones cambiantes de un partido. Por eso algunos periodistas, o ex jugadores o simpatizantes en general, suelen reclamar de los futbolistas una actitud más libre, más personal, más espontánea; los invitan a “salirse del libreto”, a no hacer tanto caso al entrenador, o a que no estén mirando a cada rato hacia la zona del banco de suplentes. Lo contrario también ocurre, es decir, cuando los parámetros de control son difusos, es probable que el equipo no tenga forma y vaya adquiriendo la que en cada caso le dan sus jugadores.

La intuición prohíbe, por eso, antes de que una cosa sea clara, lo que se ve claro es que hay algunas maneras que no van a ser en absoluto. Imagine que usted tuviera que armar un equipo, dotarlo de un estilo, de un modo de jugar; deténgase a pensarlo unos segundos y seguramente, lo primero que sabrá perfectamente, es lo que no haría. Ese es el mismo procedimiento que seguimos para diseñar cualquier proyecto, sea deportivo, artístico, político o laboral.

El estilo de juego, que limitará el comportamiento de los jugadores y, a su vez, será la base de sustentación a partir de la cual expresarán su talento, es el modo o la forma elegida por el entrenador para responder a las situaciones que se presentan en un partido de fútbol. Dicho en otras palabras, tener un estilo significa que los jugadores piensen de la misma manera en cada uno de los momentos del juego y en cada situación del partido. En 2013, River y Lanús jugaron por los cuartos

de final de la Copa Sudamericana. En el partido de vuelta, la jugada previa al primer gol de Lanús –que ganó 3 a 1– es un ejemplo de cómo los defensores de River no pensaron lo mismo al mismo tiempo¹. El central Botinelli “sale”, pretendiendo dejar en offside al delantero de Lanús (que era Silva), mientras su compañero Vangioni, al quedarse parado en la misma línea imaginaria a la del delantero, lo termina habilitando. Finalmente, la jugada terminó en gol para Lanús.²

Claro que cuando un novelista escribe (si no se trata de una novela histórica), los personajes –en cierto modo– se mueven a gusto del autor, como si este fuera un prestidigitador, un titiritero que ordena las acciones, que las dirige y que dispone sin otro límite que sus deseos. En cambio, cuando un entrenador diseña un modelo de juego, los personajes son de “carne y hueso” y tienen sus propios deseos, historias y experiencias. El mundo táctico de los futbolistas no empieza cuando son dirigidos por un nuevo entrenador.

Por eso, el modelo de juego se inicia con las ideas del entrenador pero no concluye allí. Hay –tiene que haber– una línea de trabajo, unas pautas, un diseño general, unos parámetros de control. Pero es sólo el principio de una ruta, cuyas curvas y rectas trazarán los jugadores. El entrenador elige un trayecto y el camino lo construyen los futbolistas. El modelo de juego, en consecuencia, no es un esquema cerrado, se va haciendo con el tiempo, se va descubriendo, se va adaptando y readaptando a medida que el equipo crece.

1. La jugada del gol y las fotografías explicativas pueden verse en el Blog www.antesdelgoal.blogspot.com.ar

2. Para establecer responsabilidades en esa jugada, tendríamos que saber si se pensó en utilizar ese recurso como estrategia defensiva. De todos modos, no es conveniente hacer lo que hizo el jugador de River. Botinelli tiene que seguir al delantero, en cuyo caso pueden pasar dos cosas: que venga el pase o que no venga. Si viene, el defensa está marcando al delantero. Si no viene, el defensa sale, y si luego viene el pase, el delantero quedará adelantado. El que marca el offside es el lateral, de modo que, en principio, podría decirse que debió salir junto con el central, aunque aquí el movimiento es repentino y, si no está entrenado, es difícil que el lateral pueda salir junto a su compañero

CAPÍTULO IV

EL BARCELONA DE GUARDIOLA, UN VERDADERO CISNE NEGRO

“Los grandes equipos nunca te sorprenden, pero siempre te engañan”

El autor

RARA AVIS

En el Siglo XVI, en Londres, la gente solía apelar a una expresión latina, atribuida al poeta Juvenal: *“Rara avis in terris nigroque simillima cygno”*, que significa encontrar un ave raro muy similar a un cisne negro. Pero los cisnes negros en esa época no existían; o sí; solo que creíamos que la naturaleza no los proveía. Por lo tanto, esa frase remitía a una imposibilidad, porque hasta allí, los cisnes solo eran blancos. Todos los registros que se tenían lo probaban. El cisne negro, o bien era imposible o bien no existía. Como si hoy dijéramos que un chanco vuela. Pero un holandés (justo un holandés), el explorador Willem de Vlamingh, descubrió en 1697 que en Australia Occidental, sobre el río Swan, había ¡cisnes negros! Desde ese entonces, el término comenzó a utilizarse para demostrar que lo que hoy percibimos como imposible o improbable podría ser perfectamente refutado más tarde.

En una época en la que hacíamos cuentas sobre cuántos metros corrían los jugadores en un partido; y cuánto más podían saltar; y cuán rápidos y altos podían ser –cuanto más, mejor–. En un mundo en el que los datos y los cálculos pretendían reemplazar nuestra percepción subjetiva y emotiva del juego, como modo supuestamente eficaz de explicar lo bueno y lo malo del fútbol, lo que está bien y lo que está mal; mientras más nos acercábamos a la rigidez y al blanco o negro; y encumbrábamos como valores absolutos a la velocidad, o al ataque directo, o al aprovechamiento eficaz de las oportunidades, o a los espacios más que a la pelota; justo ahí apareció ese Barcelona

que dirigía Josep Guardiola. Ese equipo se adueñaba de la pelota y del partido, como si jugara solo; lo hacía contra todos los equipos que se le pusieran enfrente, grandes o chicos, de local o de visitante. Sus rivales parecían débiles y frágiles, aún cuando contaran con jugadores muy buenos. Sus futbolistas parecían disponer de un espacio infinito para moverse y sus pies parecían tentáculos que se amarraban a la pelota. Los rivales, en tales condiciones, primero corrían –iracundos y frenéticos– hasta que, poco a poco, dejaban de hacerlo, impotentes y resignados. Domesticaron la pelota como nadie, a tal punto que la hacían pasar, serena y segura, delante de su propia área chica. Sus jugadores, en general, no eran altos, al contrario, tenía centrales bajos, laterales bajos, volantes bajos y delanteros bajos; solo había dos o tres cuya altura parecía servir sólo para confirmar la regla. No parecían necesitarlos porque la pelota siempre iba por abajo y, cuando la tenía el rival, rara vez podía cruzar la mitad de la cancha. Renunció a aplicar la fuerza y la potencia física para ganar. La habilidad, la inteligencia, la astucia, la técnica, la convicción, el talento y la solidaridad eran los valores que predominaban. Tal vez por eso, nosotros, los espectadores neutrales, deseábamos verlo ganar, sin importar que del otro lado hubiera un rival débil. La ecuación se modificaba: preferíamos a Goliat sobre David.

La aparición del Barcelona de Guardiola fue un regocijo para los descreídos, ya un poco resignados a estos nuevos tiempos; y una sorpresa para los escépticos, que creían –y tal vez crean– que en el fútbol está todo inventado, que nada puede cambiar ni ser diferente a lo que ya hemos visto. Ese equipo lo ha desmentido. Fue, en todo caso, un suceso raro e improbable que estaba muy lejos de las expectativas regulares que teníamos sobre lo que un equipo podía hacer en una cancha. Produjo un impacto muy grande en los espectadores y en los entendidos (si es que el fútbol los tiene). Lo podemos explicar, e incluso hacer previsible, retrospectivamente, buscando algunos antecedentes que nos muestren el mundo de un modo que no nos parezca tan incierto. Pero no lo pudimos hacer prospectivamente. No lo vimos venir. Como lo fue el Cisne Negro para aquellos londinenses de fines del Siglo XVII. No estábamos preparados para algo así. Fue una sorpresa, una invasión de

belleza desparramándose sobre el campo de juego. Todo lo que digamos después es una explicación y una justificación retrospectiva. La misma que desarrollaré aquí, pero no para presumir que podíamos darnos cuenta de que iba a aparecer un equipo semejante. Simplemente para observar ciertos pasos previos que ese animal desconocido fue dando sin que pudiéramos sospechar que, cuando naciera, iría a ser tan hermoso y tan original.

A propósito de lo raro, ¿Conoce algún equipo que no tire centros desde tres cuartos o desde el fondo de la cancha, después de desbordar a su rival; que casi no convierta goles de corner o después de tiros libres lanzados desde los costados del campo; que casi no pateo desde afuera del área grande; que rara vez haga goles de contraataque, producto de tomar al rival en su propio campo? Hay equipos así, los conocemos. Suelen perder seguido. Pero ese Barcelona ganaba casi siempre, nos deleitaba con su juego y tenía aquellas “carencias” que, en otros equipos, normalmente los conducen al fondo de la tabla de posiciones. Obviaba todos esos recursos ofensivos y lograba, de todas maneras, ganar sus partidos. Y los ganaba dando la sensación de que no le requería demasiado esfuerzo; podía hacer dos, tres, cuatro o cinco goles con la misma naturalidad con la que nosotros vamos a comprar el pan o saludamos a un vecino cuando llegamos a casa. Nos hicieron creer que lo extraordinario podía ser fácil; que lo excepcional podía convertirse en usual; que lo escaso, de repente, pudiese volverse abundante; y que toda la extrañeza que nos produjo al principio podía ser tomada, con el tiempo, como algo común. ¡Quién pudiera!

CAPÍTULO V

EL MÉTODO DE ENTRENAMIENTO DE BIELSA

LA DIVISIÓN DE LA REALIDAD

Marcelo Bielsa expresa sus ideas con argumentos detallados y minuciosos. Pretende que sus razonamientos no den lugar a la confusión. Tal vez por eso es proclive a clasificar, a categorizar, a segmentar el objeto de estudio o la porción de la realidad de la que se ocupa. Por ejemplo, en una conferencia que ofreció en la ciudad de Santa Fe en el año 2011, expresó que la mitad de los partidos de fútbol los ganan los entrenadores flexibles y la otra mitad los ganan los entrenadores rígidos. Según su opinión, “ganan de igual manera unos que otros”, no hay diferencias en cuanto al éxito o a los resultados. Los distinguió de esta manera: “Estricto, permisivo; rígido, flexible; intervencionista, acompaña; meticoloso, atrevido; perfeccionista, despreocupado; obsesivo, tolerante; eficacia, estética; influye, orienta; especula, protagoniza; disciplinado, creativo; huraño, entrañable; conciliador, impositivo; aprovecha errores, construye aciertos; calcula, se guía por impulsos; piensa, se emociona; razona, arrastra; distante, cercano”. Por último, aseguró que cualquiera de nosotros sabe cuáles entrenadores están de un lado y cuáles de otro. Esta descripción, tan vasta y extensa, si bien explica un modo de hacer o de sentir de los entrenadores, también los encasilla, los coloca en un lugar en cierto modo arbitrario, les pone un corsé del que es difícil librarse. Porque aunque a priori creamos que las clasificaciones nos hacen el mundo más visible y transparente, en realidad, a veces lo hacen más oscuro y cerrado. Las clasificaciones pueden ser peligrosas. Incluso para Bielsa.

En *Las palabras y las cosas* (1993), Michel Foucault se refiere a un texto de Jorge Luis Borges en el que el escritor argentino cita “cierta enciclopedia china” donde está escrito que los animales se dividen en: (a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, (e) sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluídos

en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (j) innumerables, (k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas. Foucault expresa que es imposible pensar en una clasificación semejante (de hecho es un tanto absurda); sin embargo, sostiene que cuando nosotros decimos que un gato y un perro se asemejan menos que dos galgos, aunque los primeros estén en cautiverio o embalsamados, aún cuando corran como locos y aún si ambos acaban de romper un jarrón, habría que preguntarse ¿Cuál es la base a partir de la cual podemos establecer, con certeza, que aquellos dos animales se parecen menos que dos galgos entre sí? ¿Qué tabla utilizamos? ¿Cuáles son las identidades, las semejanzas o las analogías que tomamos como referencia para distribuir las cosas y decir que esto o aquello es diferente o es parecido? Evidentemente, instaurar un orden de las cosas es un procedimiento que procede de la experiencia, es subjetivo y por lo tanto se vuelve un tanto vacilante. Los códigos fundamentales de una cultura, dentro de los cuales están los esquemas con los cuales percibimos la realidad o los valores que rigen nuestras conductas, de por sí nos fijan, de antemano, un cierto orden con el que tendremos algo que ver y dentro del cual nos reconoceremos. A partir de ese espacio de orden, que ya nos es dado por la cultura, constituimos el saber. De hecho, no hay ninguna semejanza, ninguna distinción, por más ingenua que sea —explica Foucault—, que no sea el resultado de la aplicación de un criterio previamente establecido en el ámbito de la cultura. Es decir, cualquier orden, por más sencillo que sea, requiere definir segmentos que determinen las semejanzas y las diferencias. De modo que cualquier clasificación que pretendamos instaurar no deja de significar la imposición de fronteras, el establecimiento de límites. Y cuando se imponen fronteras, algo queda adentro y algo afuera, lo cual, en cierto modo, es arbitrario, sobre todo si aceptamos y damos por supuestas una inconcebible cantidad de categorías como las que nos encontramos a lo largo de la vida (y la de Bielsa sería una de ellas). Es verdad, por otra parte, que los seres humanos necesitamos de las categorías, pero pueden convertirse

en patológicas cuando las entendemos como definitivas, cuando nos negamos a revisarlas o, al menos, a considerar las borrosas fronteras de las mismas.

Podríamos, en todo caso, clasificar a los entrenadores de otra manera y esa distinción tampoco estaría exenta de arbitrariedad, en tanto que estaría vinculada con mis propias experiencias (y por lo tanto limitada por mi subjetividad); estaría instaurando un cierto orden dentro del mundo de los entrenadores de fútbol. Por ejemplo, podríamos distinguirlos de este modo: (a) los que creen en el trabajo y en la disciplina, (b) los que apuestan por la capacidad individual de los jugadores, (c) los que pretenden que todos sus jugadores –sin distinción– corran y se esfuercen para recuperar la pelota, (d) los que tienen a la defensa parada “en línea” para que dé el paso adelante que provoque el fuera de juego del rival, (e) los que en los córner defensivos ponen a sus once jugadores a defender, (f) los que en los córner defensivos dejan dos delanteros arriba, (g) los que trabajan en el entrenamiento asociaciones ofensivas para estimular el ataque, (h) los que proponen un sistema táctico y lo mantienen aún cuando los jugadores roten sus posiciones, (i) los que cambian de posición a los jugadores, (j) los que se preocupan por el juego que les propondrá el rival, (k) los que sólo se ocupan de lo que puede ofrecer su propio equipo, (l) los que ensayan casi mecánicamente ciertos movimientos colectivos, (m) los que juegan con cuatro defensores, (n) los que juegan con tres defensores, (ñ) etcétera.

Cada una de estas distinciones podría ser incluida en la clasificación que hace Bielsa. Por ejemplo, los que creen en el trabajo y en la disciplina, los que juegan con cuatro defensores, los que pretenden que todos sus jugadores –sin excepción– corran y se esfuercen para recuperar la pelota, los que ponen a los once jugadores a defender en los córners, los que proponen un sistema táctico que se mantiene aún cuando los jugadores roten sus posiciones, los que cambian de puesto a sus futbolistas, los que estudian minuciosamente al rival y los que ensayan casi mecánicamente ciertos movimientos colectivos, estarían definidos –según la clasificación de Bielsa– dentro de los entrenadores estrictos, rígidos, intervencionistas y disciplinados; serían, también,

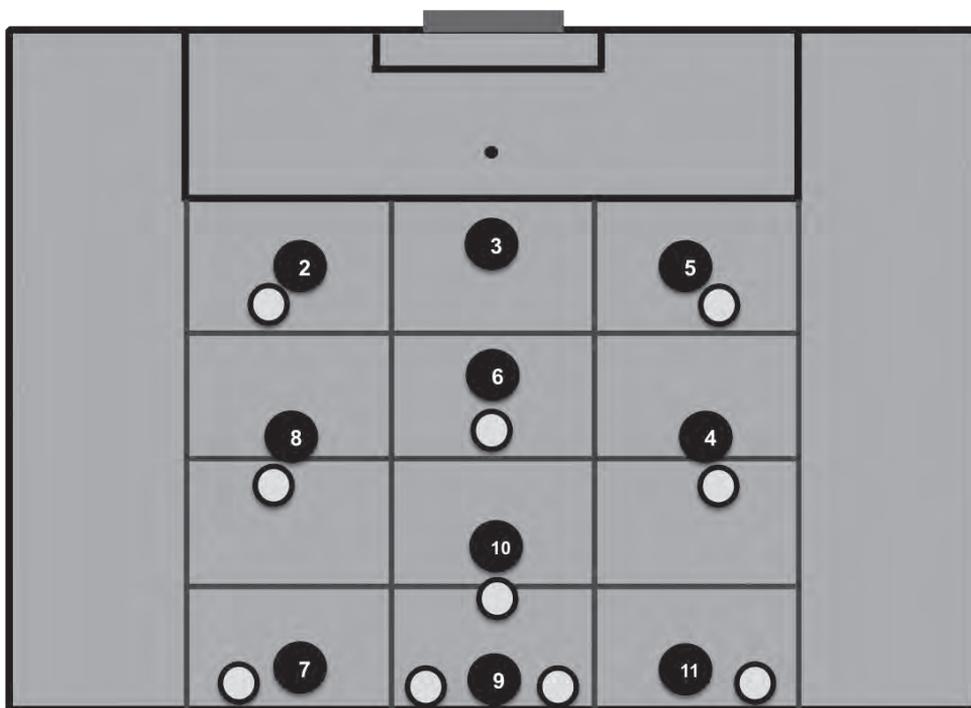
LA ORGANIZACIÓN DEFENSIVA

La organización defensiva merece para Bielsa el nombre de “Coordinación defensiva posicional colectiva”. Explica por qué: “Coordinación porque articula movimientos; defensiva porque se refiere a la recuperación de la pelota; posicional porque enfoca a todas las posiciones que el equipo contiene o que la situación contiene y colectiva porque participan los diez jugadores de campo”. Esta es otra de las situaciones que él extrae del juego real y por lo tanto merece la creación de ejercicios específicos que la representen y permitan encontrar soluciones adecuadas.

Para representarse las situaciones de partido que el equipo necesita entrenar, Bielsa primero imagina qué puede ocurrir si pierden su marca cada uno de los integrantes de la línea media o de la línea defensiva. A partir de allí, prepara y articula movimientos colectivos para que el equipo no se vea superado por el rival o bien para que no quede “mano a mano”, es decir, obligado a que el hombre libre deba salir a enfrentar al rival que lleva la pelota.

Lo que intenta es que ni lo uno ni lo otro sucedan. Pero aún así, cuando un equipo está mano a mano y posee los recursos que ofrece la sistematización defensiva, el cambio de marcas permite organizarse de tal manera que el jugador rival que queda sin marcar es el que estará más alejado de la pelota y eso permitirá seguir contando con un “hombre libre” en defensa.

Si “nosotros jugamos 3-3-1-3 contra un rival que juega 4-3-1-2 y nos eliminan al 8, hacemos el movimiento de adaptación defensiva por la pérdida de ese jugador. Si nos eliminan al lateral izquierdo, hacemos la adaptación defensiva correspondiente. Son diez situaciones”, afirma Bielsa. Y luego expone un concepto que complementa el ejercicio: “Siempre les digo a los jugadores que hay que estar cerca y dispuesto; si está lejos, aunque tenga ganas no llega; y si está cerca, si no tiene ganas, tampoco llega. Por eso cerca y dispuestos”.



En el gráfico vemos como están ubicados los jugadores y ahora veremos como queda dispuesto el equipo cuando eliminan, por ejemplo, al ocho (hay dos posibilidades y puede haber una más, por eso hay distintas variantes). Los movimientos son entrenados sistemáticamente hasta que el equipo los hace naturalmente, los convierte en hábitos. En el fútbol, repetimos, no se puede pensar (conscientemente), porque esa acción llevaría un tiempo que impediría resolver las situaciones con eficacia. No podríamos estar en medio del partido pensando: lo eliminaron al seis, entonces tengo que ir a la posición de cuatro porque él irá al medio: No, hay que hacerlo inconscientemente y para hacerlo se requiere entrenarlo las veces que sea necesario.



CAPITULO VI

EL ORIGEN DEL TALENTO ARGENTINO

LA “GRACIA” DE QUE MESSI, MARADONA Y DI STÉFANO SEAN ARGENTINOS

Cuando jugamos un “picadito” con los amigos o la final de un campeonato, cualquiera sea su importancia, nos encantaría gambetearnos a cinco rivales como Messi, adueñarnos de la pelota como solía hacer Maradona o salvar un gol en la línea y en la jugada siguiente convertir el gol del triunfo, como tantas veces ha hecho Alfredo Di Stéfano. Del mismo modo, cuando nuestro equipo favorito va perdiendo, esperamos que el jugador más talentoso invente una jugada imprevista y creativa que vulnere la cerrada defensa del rival. Y cuando estamos en una reunión, nos gustaría agradecer a los demás, responder con ingenio, ser divertidos y tener gracia. Y si quién está enfrente nos gusta o nos atrae, aún más. En cualquier caso, en todas esas situaciones necesitamos de la creatividad, del talento, de una virtud especial que no se alcanza siguiendo un procedimiento o consultando a un GPS para que nos indique cuál es el camino que tenemos que tomar. Tampoco podemos seguir una reglas preestablecidas que nos aseguren educar bien a nuestros hijos, o escribir una buena novela, o convertir un gol cuando recibimos la pelota y quedamos frente a frente con el arquero rival (aún cuando la experiencia o los aprendizajes previos nos ayuden). La solución para esa clase de dificultades nos remite a la heurística, término que procede del griego *εὐρητική*, que significa hallar, inventar, descubrir; etimología que, además, comparte con la palabra *εὕρηκα* (eureka), de modo que la heurística sería el arte del descubrimiento y de la invención o de resolver problemas mediante la creatividad.

El talento normalmente se relaciona con la genética y la genética nos conduce inmediatamente al azar, porque qué hemos hecho para merecer ese talento que tenemos. Pues nada, o casi nada, los genes nos vienen con nosotros. Claro que para que ese talento florezca se necesita dedicación, horas, trabajo, entrenamiento. Unas diez mil horas de

preparación para dominar un deporte, o la música, o la programación de software. Y aún así no alcanza, porque también dependemos del contexto, del entorno que nos rodea. Lo que nos pasa a lo largo de la vida, nos influye y nos conforma, porque si bien somos seres únicos – algunos con más capacidades que otros para desarrollar determinadas actividades–, también lo somos porque nos condiciona lo que nos sucede día a día, en cada experiencia que vamos atesorando.

Algunos años atrás, en general, los neurólogos y los psiquiatras pensaban que las cuestiones del alma se regían por procesos cerebrales; en cambio, los psicólogos y psicoanalistas consideraban que había que centrarse en las vivencias que íbamos teniendo a lo largo de nuestra existencia. Esa discusión ha sido zanjada a partir del concepto de plasticidad neuronal: Hoy se sabe que las experiencias de la vida dejan una huella en nuestra estructura cerebral. Los estímulos externos nos modifican, del mismo modo que lo hacen las percepciones y los estados internos. Esa plasticidad cerebral conlleva un paradójico equilibrio en el que todo queda inscripto, todo se conserva, pero al mismo tiempo, todo cambia y se transforma. De modo que esos movimientos del cerebro van dando forma y sentido a nuestras experiencias y van configurando una realidad interna inconsciente que interviene en nuestras decisiones y es el pilar de nuestra singularidad.

Somos únicos, tanto como lo son –o lo fueron– Messi, Maradona y Di Stéfano, tres jugadores argentinos considerados entre los cinco mejores de la historia del fútbol; los otros dos son Pelé y Cruyff. Pero no es una casualidad que sean argentinos. A lo largo del libro hemos hablado de sistemas, de complejidad, de los beneficios que provocan en los individuos algunas condiciones trascendentes para su desarrollo. El contexto nos hace los caminos más estrechos o más anchos, más oscuros o más luminosos. Y también nos permite ser más o menos creativos en ciertas actividades; o más o menos ingeniosos y abiertos para comunicarnos con nuestros semejantes. Por ejemplo, cuando viajamos a Córdoba nos damos cuenta de que la gente, en general, tiene algo especial, advertimos que son rápidos y ágiles para encontrarle un costado divertido a cada situación; tienen gracia y picardía. Tampoco es azaroso. Alberto Cognini, fundador de una mítica revista de humor

llamada *Hortensia*, decía que “la mayor virtud de los cordobeses era esa irrespetuosa afectividad, esas ganas de reírse de alguien y que se rían de él”. No es un atributo exclusivo de ellos. En España, según cuenta José Antonio Marina en su libro *El aprendizaje de la Creatividad* (2013), hay regiones donde sus habitantes son más ingeniosos que en otras.

¿Qué hay de especial?, ¿por qué en ciertos lugares sí y en otros no?, ¿por qué son graciosos en Córdoba y no en Buenos Aires?, ¿qué los hace distintos?, ¿qué los diferencia? Del mismo modo, cabría preguntarse por qué en Argentina surgen tantos jugadores talentosos. ¿Será por el clima, será por el potrero, será por los maestros que forman a nuestros futbolistas? ¿Seguiremos insistiendo en que es producto de la naturaleza, de los genes, de la divina providencia? Si fuera así, habremos tenido la gracia de que Di Stéfano, Maradona, Messi y tantos otros grandes futbolistas hayan nacido aquí. Pero no es por gracia que ello haya ocurrido —ni divina, ni nada que se le parezca—. Para entenderlo, debemos prestarle atención a las influencias de la cultura. La creatividad y el ingenio para resolver situaciones inesperadas se conforman de acuerdo a una serie de condicionantes que impone la cultura de la sociedad en la que vivimos. Ya veremos de qué manera ello ha sido así en la Argentina.

“Ustedes le han dado muchísimo al fútbol: de los 5 o 6 mejores jugadores de la historia, tenéis tres, habéis dado mucho...”

Josep Guardiola refiriéndose al fútbol argentino

Claro que cualquier acción humana, desde gambetear a un rival, hasta diseñar una plaza o componer música, responde a una decisión personal. El primer requisito básico para la aparición de la creatividad es el impulso que recibe la persona desde la sociedad, porque si cuando tiene una idea novedosa, encuentra rechazo o críticas negativas, es muy difícil que encuentre la motivación o el sustento emocional para insistir con ideas de ese estilo. Pero si encuentra una atmósfera alentadora y positiva, la socialización lo ayudará a desarrollarlas.